



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DR. D. SERVANDO TERESA DE MIER

Nacido en la provincia de Monterrey, una de las Internas de Oriente, de una de las familias establecidas allí desde la conquista de aquel país, hizo sus estudios y tomó el hábito de dominico en México, y obtuvo el grado de doctor en teología a expensas de su comunidad. El sermón que predicó ante el Virrey Branciforte y la Audiencia, en la función de traslación de los huesos de Hernán Cortés a la Iglesia del Hospital de Jesús, elevó su reputación como orador, y el haber pretendido salir del camino trillado en el que predicó en la Colegiata de Guadalupe en la función titular de aquel año, le atrajo una persecución que fué el principio de las desgracias de toda su vida. Censurado el sermón por orden del Arzobispo Haro, y preso el orador, fué remitido a España para estar encerrado diez años en uno de los más austeros conventos de su orden. El sermón fué calificado

ventajosamente por la Academia de la Historia, y Mier puesto en libertad, anduvo por Francia e Italia y pasó a Roma, donde se secularizó. Vuelto a Madrid fué de nuevo perseguido por el Príncipe de la Paz, por una sátira que escribió contra el autor del *Viajero Universal*, por lo que éste dijo relativo a México, y encerrado en los Toribios de Sevilla, casa de corrección destinada a la reforma de jóvenes extraviados, logró escapar de ella y trasladarse a Portugal y de allí volvió a España cuando comenzó la insurrección contra los franceses, y entró a servir de capellán en el regimiento de voluntarios de Valencia. En la dispersión de Belchite fué hecho prisionero, y quedándose oculto en un pajar en uno de los lugares del tránsito a Francia, adonde lo conducían, atravesó toda España en la mayor miseria, como había pasado casi toda su vida, y llegado a Cádiz, la regencia, por estos méritos, mandó se le tuviese presente para una prebenda en México; pero sin esperar a obtener este premio, unido a los diputados, y especialmente favorecido por el de México, comenzó a escribir, dirigiendo dos cartas al editor del "Español", escritas con mucha vehemencia sobre los asuntos de América. Ya fuese por temor de ser perseguido, ya porque Iturrigaray lo estipendió para que escribiese en su favor en Londres, pasó a aquella ciudad, en donde publicó, bajo el nombre del Dr. Guerra, que era su segundo apellido, la *Historia de la Revolución de Nueva España*. Esta obra, escrita con elegancia, y dispuesta con mucho artificio, será siempre apreciable por la multitud de noticias que contiene y por el talento con que el autor trata las materias de que se ocupa, dejando aparte todo lo que es hijo de las circunstancias y obra del espíritu de partido que reinaba en el momento. Rico en conocimientos y erudición, Mier

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

es al mismo tiempo muy agradable por su estilo, y lleno de fuego y ardimiento, abunda en chistes oportunos que hacen entretenida y amena la lectura de su obra. Esta ha venido a ser muy rara, porque habiendo retirado Iturrigaray los auxilios que ministraba a Mier, luego que vió que defendía abiertamente la Independencia; éste, que había continuado escribiendo, se encontró sin medios de pagar al impresor, quien embargó los ejemplares e hizo poner al autor en la prisión de los deudores, en la que permaneció mucho tiempo, hasta que, habiendo llegado a Londres los (primeros) enviados del gobierno (independiente) de Buenos Aires, éstos pagaron al impresor y rescataron los ejemplares de la obra, que rimitieron a su país, pero habiéndolos embarcado en un buque que naufragó, se perdieron casi todos, excepto los pocos que andaban repartidos en diversas manos, o que quedaban en poder del autor.

Hallándose en Londres destituido de todo género de recursos, (Mier) vivía a expensas de la liberalidad de algunos mexicanos que lo socorrían, y por haber éstos de dejar pronto aquella ciudad, iba a quedar aun sin este corto auxilio. Mier se unió en aquella sazón a la expedición de D. Francisco Javier Mina y con treinta oficiales españoles e italianos y dos ingleses, salió de Inglaterra en el mes de mayo de 1816 en un buque que fletaron, y aunque su primer plan había sido ir a desembarcar en derecho en las costas mexicanas, las noticias que Mina recibió de los reveses sufridos por los insurgentes en aquella época, le hicieron variar de intento y se dirigió a los Estados Unidos. (Después de una corta estancia en ese país, Mina) dió la vela de Baltimore el 27 de septiembre en un bergantín que compró, y antes de salir envió una goleta muy vele-

ra a las costas de Nueva España, para instruirse del estado de las cosas y ponerse en comunicación con (D. Guadalupe) Victoria, que se suponía ocupaba a Boquilla de Piedras, cuya comisión confió al Dr. Mier. Mas éste, amedrentado con las tempestades que sobrevinieron en el Golfo, volvió a N. Orleans sin hacer nada, despachando desde allí la goleta, para que el capitán practicase el reconocimiento que se le había encargado. Sabiendo la llegada de Mina a Gálveston, se trasladó a aquél puerto.

(Ya en Soto la Marina), la temeridad de la empresa comenzó entonces a presentarse en toda su extensión a los ojos de los hombres capaces de conocer todo el riesgo que iban a correr, internándose en un país poseído por el enemigo, teniendo que combatir con fuerzas numerosas, sin poder mantener comunicación alguna con la costa, ni recibir auxilios de los Estados Unidos, habiendo sido destruídos los buques con que podían proporcionárselos. (Dispuesto) el fuerte de Soto la Marina, y aproximándose Arredondo, Mina lo guarneció con cien hombres al mando del mayor Sardá, con orden de que se sostuviese hasta lo último, asegurándole que dentro de poco tiempo volvería a obligar al enemigo a levantar el sitio, si se atrevía a ponerlo. El Padre Mier se quedó en Soto la Marina. (Mina se puso en movimiento el 24 de mayo de 1817) lanzándose con un puñado de hombres a una de las más atrevidas empresas que jamás se han concebido, desafiando todas las fuerzas que podía oponerle el Virrey de Nueva España.

El 10 de junio se presentó Arredondo delante de Soto la Marina, cuya población había sido quemada para que no se alojasen en ella los realistas, y asentó su campo en el rancho de

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

San José, a una legua escasa de distancia del fuerte, en la ribera derecha del río. La fuerza que conducía eran seiscientos sesenta y seis infantes, de los regimientos de Fernando VII y Fijo de Veracruz; ciento nueve artilleros y ochocientos cincuenta caballos. La que Sardá tenía era de solos ciento trece hombres, de los cuales noventa y tres componían la guarnición y los otros veinte guardaban los almacenes. Arredondo rompió el fuego sobre el fuerte el 11 de junio, y el 12 estableció una batería en la ribera izquierda del río: el 13 se pasaron al ejército real el oficial de ingenieros La Sala y el capitán Metternich del 1º de línea, invitados por Andreas; el primero de estos oficiales, teniendo conocimiento del estado del fuerte, contribuyó mucho a la dirección acertada de las operaciones del sitio. Sardá indignado por esta desertión, celebró un consejo de guerra, en el que todos los oficiales cruzando sus espadas, juraron defender aquellos muros hasta la última extremidad. Arredondo había colocado una batería a corta distancia del muro e impedido con sus fuegos tomar agua a los sitiados, los cuales no podían bajar al río sin gravísimo riesgo, al cual se expuso con heroísmo una mujer mexicana, que logró sacar alguna para aplacar algún tanto la sed de los soldados. El fuego activo de los realistas había desmontado la artillería del fuerte y abierto en sus muros una amplia brecha. Sardá para suplir al escaso número de sus soldados, había ocurrido al expediente de cargar a prevención fusiles de los que había en abundancia, y llenar hasta la boca de balas las piezas que había podido volver a montar. Mil fusiles cargados y con bayoneta estaban siempre listos, y el obús que le quedaba tenía más de novecientas balas de fusil. Los realistas el día 15, se presentaron en una pequeña altura a muy corta distancia,

L U C A S A L A M A N

amenazando atacar, y marchando a la voz de "Viva el Rey". Sardá hizo contestar por la aclamación de "Viva la Libertad, Viva Mina", y al mismo tiempo hizo un fuego tan vivo con los fusiles prevenidos al efecto, que los realistas aterrados tuvieron que retirarse. Intimósele entonces la rendición, a lo que respondió que estaba resuelto a volar el fuerte con todos sus repuestos de pólvora y municiones, antes de rendirse: los reclutas que parecían amedrentados, y de los cuales algunos habían desertado, dijeron que estaban prontos a morir. Viendo Arredondo tal resolución de que no podía dudar, y escaseando en su campo los víveres y municiones, por medio de uno de sus ayudantes entró en un nuevo parlamento, en el que propuso Sardá por escrito los términos de una capitulación honrosa, que el ayudante bajo su palabra aseguró que sería cumplida, en cuya confianza cesaron las hostilidades, y aquella misma tarde Sardá salió del fuerte con 37 hombres que le quedaban, los cuales dejaron las armas a quinientos pasos del enemigo. Viendo Arredondo tan escaso número, se acercó a Sardá y le preguntó: "¿Es ésta toda la guarnición?" "Toda", contestó Sardá, y Arredondo entonces volviéndose al coronel de Fernando VII que estaba a su lado, exclamó con admiración: "¡Es posible!" Entregóse también el destacamento de la barra, en donde estaba el teniente coronel Myers y el capitán de marina Hooper. Los realistas se hicieron dueños de una gran cantidad de armas y petrechos, que les fueron muy útiles para la guerra que hacían en aquellas provincias contra los bárbaros que las habían invadido. Las pérdidas que sufrieron en muertos y heridos fué considerable, contándose entre los últimos los tenientes coroneles Garza, Elosúa y

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

Madero, estos dos del Fijo de Veracruz, y el último el mismo que fué procesado por la capitulación de Pachuca en 1812.

La capitulación se cumplió los dos primeros días, quedando libres los individuos de la guarnición: el tercero se les puso una guardia y se les obligó a trabajar en enterrar los muertos y destruir las fortificaciones. Arredondo en su parte al Virrey, sostuvo que sólo se les había concedido la vida, y esto a los que estaban en el fuerte y la barra, pues veintiocho hombres que componían una partida que estaba fuera y fué cogida por Garza, fueron todos fusilados, haciendo fuego al teniente Hutchinson que la mandaba, estando tendido en el suelo, por no poderse tener en pie por las heridas que había recibido. Los prisioneros fueron conducidos en cuerda a Altamira, y habiendo intentado escaparse para apoderarse en Tampico de algunos buques en que embarcarse, fueron asegurados con prisiones y llevados por el camino de la Huasteca hasta Pachuca, y de allí a Veracruz al castillo de San Juan de Ulúa. El Padre Mier, a quien se le había roto el brazo izquierdo por la caída de la mula en que iba montado y con grillos, fué llevado de Pachuca a México y encerrado en la cárcel de la Inquisición, con tanto secreto, que nadie supo de su llegada, y en ella permaneció hasta que nuevos acontecimientos lo sacaron a seguir la carrera de sus incesantes vicisitudes. Aquel tribunal no le formó causa alguna y fué tratado con singular consideración, habiéndosele proporcionado libros y permitiéndole escribir, con lo que empleó todo el tiempo de su prisión en redactar las Memorias de su vida y otros escritos curiosos. . . . En una audiencia a que se le llamó, le mandó el inquisidor Tirado que dijese el Padre Nuestro.—“Eso se

greso decretarlo, el discurso fué muy aplaudido y la popularidad del orador quedó con él establecida.

Era el Padre Mier la mezcla más extraña de las más opuestas calidades: republicano decidido y enemigo de los monarcas, era por otra parte, aristócrata por inclinación, y se suponía descendiente de Cuauhtemotzín y emparentado con todas las familias más ilustres de México, habiendo reclamado al leerse el acta de la sesión en que se presentó en el Congreso, porque en ella se le llamaba simplemente D. Servando Mier, y no "D. Servando Teresa de Mier", por ser el "de" antepuesto al apellido, carácter distintivo de la nobleza. Censor austero de los abusos de la Corte de Roma, decía ser prelado doméstico del Papa, por cuyo empleo y por habérsele hecho creer que había sido nombrado Obispo de Baltimore, usaba un traje particular con el que llamaba la atención; pero este mismo carácter ligero y aun extravagante, lo hacía bien recibido en todas partes, y habiéndose declarado contra el Imperio de Iturbide, el nuevo monarca no tenía enemigo más acérrimo ni que mayores daños le causase. Apenas desembarcó en Veracruz, cuando se desató en invectivas contra la monarquía, en términos, que desde entonces se le comenzó a instruir secretamente sumaria. Llegado a México, fué a presentarse a Iturbide, que se hallaba en San Agustín de las Cuevas (Tlalpam), y sin darle el tratamiento de Majestad, desaprobó a las claras su proclamación y la coronación que iba a hacerse. En boca de Mier, la consagración no era más que la aplicación del medicamento conocido con el nombre de "vinagre de los cuatro ladrones", y la ceremonia de la inauguración de la Orden de Guadalupe con los caballeros con sus mantos y plumajes, una comparsa de las danzas usadas por los indios en

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

sus fiestas, compuesta de personajes ridículamente vestidos, que llaman huehuenches, apodo que quedó a los individuos de aquella Orden. La sospecha que entonces se tuvo de haber puesto Dávila en libertad al Padre Mier, para hacer a Iturbide la hostilidad más efectiva que podía imaginar, considerando a aquel eclesiástico como una tea encendida que arrojaba sobre los combustibles de todas clases que los sucesos habían ido acumulando en el Imperio Mexicano, puede tenerse pues por una suposición verosímil, ya que no sea un hecho averiguado.

(En agosto de 1822 se descubrió en México una conspiración de importancia) pues se trataba de nada menos que de declarar por medio de una revolución, que el Congreso no había obrado con libertad en la elección de Emperador, y haciendo que aquél saliese a continuar sus sesiones en Texcoco, apoyado en la fuerza que hubiese hecho la revolución, no se dudaba que el mismo Congreso se declararía por la República, y dejando a su discreción disponer de la persona de Iturbide y su familia, se presumía que sería mandado a los Estados Unidos u otro país que eligiese, con una pensión para su subsistencia. Andaban en esto el diputado D. Juan Pablo Anaya, el Padre Mier, Iturribarria y algunos militares, entrando por mucho, o más bien, considerándose como el principal promovedor, el Ministro de Colombia (D. Miguel) Santa María. El gobierno, por medio de sus agentes, estaba informado de todo; mas para poder obrar contra los conspiradores (se utilizó una carta que el teniente D. Adrián Oviedo recibió de D. Anastasio Zerecero) en la que daba una idea circunstanciada del plan de la conspiración, con cuyo documento y (otras delaciones) se creyó que había funda-

L U C A S A L A M A N

mento bastante para proceder a la prisión de los cómplices en la noche del 26 de agosto.

Para la ejecución de las prisiones, se reunió un cuerpo de tropa en el Paseo Nuevo (de Bucareli), de donde partieron varios oficiales con destacamento que designó Echávarri, para dirigirse a las casas de las personas que habían de ser aprehendidas. (El Padre Mier fué una vez más reducido a prisión).

Aunque se procedió con empeño por el comisionado Alvarez a la instrucción de las causas, de estas mismas resultó que la conspiración estaba lejos de tener la importancia que por el gobierno se le había dado, y que más propiamente podía llamarse un conato o germen de conspiración, siendo pocos los comprometidos en ella y no contando con medios efectivos de ejecución. Contra el Dr. Mier no apareció otro cargo que su locuacidad y una carta escrita a un pariente suyo en Monterrey, en que más bien manifestaba temor de Iturbide que intento ninguno contra él.

Los supuestos reos continuaron en los diversos conventos y cuarteles en que habían sido distribuidos, hasta que los acontecimientos posteriores vinieron a sacarlos. Los que se consideraban más importantes, como Fagoaga, el Padre Mier y otros, fueron internados en Santo Domingo, quizá por la confianza que inspiraba a Iturbide el Padre Carrasco, Provincial de aquella Orden. Algunos fueron puestos en libertad, con consulta del Consejo de Estado, al fin del año por auto de Pascua, como si fuera una gracia que se les concedía. A los demás se les conservó en prisión, no por lo que resultaba a su cargo en el proceso, sino por evitar el daño que pudieran causar estando en libertad, en especial el Padre Mier, quien desde la misma prisión

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

no cesaba de hacer la guerra a Iturbide, satirizando con décimas picantes todos sus actos, o glosando de una manera mordaz algunas composiciones ajenas. Todo este ruidoso suceso contribuyó mucho a la caída de Iturbide.

(En diciembre de 1822), con motivo de la revolución de (Santa Anna) en Veracruz, se redoblaron las precauciones en México con los conspiradores y presos, y se trataba de trasladar al Padre Mier del Convento de Santo Domingo, a prisión más segura en el cuartel del (regimiento) número 1 de infantería. Un religioso dominico, aventurero del Perú, llamado el Padre Fr. José María Marchena, era capellán de este cuerpo, y sabiendo con este motivo lo que se trataba de hacer con Mier, prevalido del hábito y haciendo lo vistiese también éste, lo sacó el 1º de enero (de 1823) por la tarde, por entre la guardia que lo custodiaba, como si fuesen dos frailes que salían del convento, y lo condujo a casa de unas buenas mujeres sus conocidas, una de las cuales, haciendo escrúpulo de tener oculto a aquel religioso, lo denunció al Capitán General Andrade, con lo que fué reaprehendido el Padre Mier, y escoltado por doce granaderos, fué conducido al calabozo llamado del "olvido", en la cárcel de Corte y trasladado después a la de la Inquisición, que ya le era conocida. El Padre Marchena pudo ocultarse y salir de México para unirse con (D. Nicolás) Bravo.

(En febrero, la rebelión aparecía triunfante), la desertión (en las tropas leales) había venido a ser tanto o más general que cuando Iturbide sitiaba a México para hacer la Independencia, pues no era como entonces por individuos o partidas considerables de tropa, sino por cuerpos enteros con músicas y banderas. En la noche del 23, los restos que quedaban de los regimientos

L U C A S A L A M A N

números 9 y 11 de infantería, salieron de sus cuarteles en formación, y reuniéndoseles en el tránsito los cuerpos de guardia y patrullas que encontraron, se dirigieron a la Inquisición, y sacaron a cuantos presos había en aquella prisión, y poniendo en dos coches que a prevención llevaban, a los que, como el Padre Mier, no podían caminar a pie, atravesaron la ciudad en número de unos trescientos hombres por las calles principales, y pasando por el Puente de Alvarado, delante de la casa de Buenavista, en la que entonces residía la familia imperial, vitorearon a la Libertad y a la República, en medio del concurso de gente que había acudido a la novedad; nombraron por aclamación por su jefe al Coronel D. Eulogio Villa Urrutia, que era uno de los presos, y tomaron el camino de Toluca, adonde llegaron sin ser inquietados en su marcha, aunque el Capitán General Andrade destacó algunas partidas de dragones a seguirlos.

(Vencido Iturbide y reinstalado el Congreso Constituyente, la asamblea se ocupó de la abdicación del Emperador. Fué entonces cuando) el Padre Mier dijo, estar conforme por razones de política y conveniencia, en que Iturbide saliese del país, aunque su opinión era que debía ser ahorcado, lo que trató de fundar en doctrinas de Santo Tomás, rebajando los méritos que había contraído haciendo la Independencia, hasta decir que sin el auxilio de Guerrero, no habría podido lograrse.

(Cuando a fines de 1823 se quiso implantar en México el régimen federalista por primera vez), el Padre Mier se opuso a la federación, compuesta de estados soberanos, y con este motivo hizo un discurso que pudiera llamarse profético, en que pintó tan al vivo todas las consecuencias que iban a dimanar

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

de aquel principio, que después ha sido reimpreso y citado frecuentemente, a medida que se han ido cumpliendo sus anuncios.

La tempestuosa e inquieta vida del Dr. Mier, sería digna de una particular biografía.